Globethics Repository



El Movimiento Sindical Latinoamericano en los años 90 [The Latin American Labor Movement in the 90s]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Spalding, Hobart A.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 16:27:00
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220204

Nueva Sociedad Nro. 130 Marzo-Abril 1994 , pp. 60-72

El Movimiento Sindical Latinoamericano en los años 90*

Spalding, Hobart A.

Hobart A. Spalding: Cientista social estadounidense. Profesor de historia de América Latina y el Caribe en el Brooklyn College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY).

¿Qué futuro le aguarda al movimiento sindical latinoamericano en la década de los 90? Ciertamente, el futuro inmediato no se vislumbra como un período de claros avances. Antes de que el movimiento laboral pueda avanzar nuevamente, debe reorganizarse, reagruparse y experimentar una reforma. Debe dedicarse con ahínco a diseñar una estrategia adecuada para la coyuntura contemporánea y ocuparse de que se ponga en práctica. Cualquier estrategia debe incluir los siguientes puntos programáticos: un amplio plan de desarrollo social y económico que contrarreste el pensamiento conservador o neoliberal que ahora está en boga; llegar a los no sindicalizados y a los nuevos movimientos sociales; intentar alcanzar niveles más altos de organización y romper las barreras Ideológicas que existen actualmente entre los trabajadores, tanto en los sindicalizados como en los que no lo están; hacer un esfuerzo concertado para formular una estrategia internacionalista a escala continental o global.

Los teóricos progresistas alguna vez imaginaron a la clase trabajadora y su expresión institucionalizada, el movimiento sindical, a la vanguardia de la lucha por el cambio social en Latinoamérica. Ese pronóstico, que en gran parte provenía de un análisis socialista o de una posición de «los pobres heredarán la tierra», basado en las doctrinas de la Iglesia moderna, parecía acertado en las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Trabajadores y campesinos tuvieron roles protagónicos en los importantes movimientos sociales y en las revueltas revolucionarias que recorrieron el continente, de Guatemala (1944) a Bolivia (1952), y llegando hasta Cuba (1959). Grupos de trabajadores y de campesinos formaron el

ala izquierda del gobierno populista de João Goulart en Brasil (1962-64). Proletarios, campesinos y muchos que pertenecían a los sectores medios votaron masivamente por la Unidad Popular en Chile (1970-73) y respaldaron su gobierno. A pesar de que se sentía desalentada por un liderazgo centrista y corrupto, la clase trabajadora argentina aportó fuerzas de choque para el movimiento peronista, antes del golpe militar de 1976. El fracaso de los gobiernos los dictatoriales posteriores, al no lograr erradicar a los activistas a nivel de las Fábricas, contribuyó mucho a abrirle paso a un nuevo gobierno civil en Argentina después de 1983. Los sindicatos y la clase trabajadora también demostraron su fuerza en la serie de huelgas generales que derrocaron el régimen militar de Perú que condujeron a la restauración del gobierno civil en la década del 80. En menor grado, el movimiento sindical de Nicaragua y El Salvador tuvo una contribución muy importante en los movimientos revolucionarios de esos dos países. Por lo tanto, cualquier análisis del período de posguerra deberá llegar a la conclusión de que en ese momento el papel de los sindicatos y de la clase trabajadora en el proceso social fue significativamente más importante que nunca antes.

Cambio de suerte

Pero pronto se desencadenó una reacción ante esa fuerza que comenzaba a surgir. Detrás de la ola de tomas del poder por parte de militares derechistas, que comenzó en 1964, se encuentra el temor del capital local e internacional a perder el control sobre la clase trabajadora y el campesinado, a lo largo de América Latina. Es Así que, comenzando apenas a mediados del 60, los años subsiguientes trajeron cambios que voltearon temporalmente el curso de la corriente, en contra de la clase trabajadora y del campesinado. Los sindicatos y la clase trabajadora no sólo perdieron poder a nivel nacional, sino que también sufrieron derrotas aplastantes, y los trabajadores vieron cómo se perdían paulatinamente, y a veces aceleradamente, las mejoras de los estándares de vida que tanto les había costado obtener. En México, por ejemplo, los salarios reales declinaron en un 50% durante la década del 80.

En varios casos, las tradicionales alianzas entre sindicatos y partidos políticos comenzaron a fracturarse cuando éstos se avinieron al nuevo modelo económico. En México, los programas económicos y sociales del presidente Salinas han incluido muy pocos aspectos positivos para el movimiento sindical en conjunto, a pesar de que la CTM, bajo el liderazgo del nonagenario Fidel Velázquez, todavía simula estar de acuerdo con el pacto social sindicatos-gobierno vigente desde hace tiempo. Es evidente que para el PRI la utilidad del acuerdo ya caducó. En México las políticas laborales parecen ser cada vez más personalistas y presidencialistas, en lugar

de corresponder a los partidos. El TLCAN creará empleos limitados en los sectores mejor pagados de la economía dominados por los países del Norte, pero también dejará a muchos mexicanos sin empleo[1] . De manera similar, el peronista Carlos Menem ganó la presidencia en Argentina apoyándose en el movimiento sindical y en los votos de la clase trabajadora, pero sus políticas se han asemejado más a las de un modelo conservador, creando mucha tensión en la colaboración habitual entre los sindicatos y el gobierno.

El sector público, que en varios países por mucho tiempo fue un refugio para los sectores medios así como también para los trabajadores no calificados, también se contrajo debido a la «racionalización» gubernamental y a la reducción de déficits públicos exigida por el FMI. Como resultado de esa situación, y de la disminución de empleos a lo largo del continente, hombres y mujeres se volcaron hacia el sector informal que pronto reunió más del 50% de la fuerza de trabajo en áreas urbanas tales como La Paz, Lima o Ciudad de México. Al mismo tiempo aparecieron movimientos sociales vecinales en los barrios y suburbios pobres de las ciudades capitales y los centros de exportación. La mayoría de esos movimientos se concentró en lograr mecanismos de supervivencia (comedores comunitarios, hogares de cuidado diario, cooperativas), o en conseguir servicios sociales básicos a través de las autoridades locales (alcantarillado, electricidad), y tuvieron una escasa proyección política fuera de su entorno inmediato. Aunque de hecho desafiaban al Estado al actuar por la distribución de recursos, no ofrecieron ninguna estructura concreta para una acción política concertada más allá del nivel distrital o municipal. ¿Qué significado tiene esto para el movimiento sindical y la clase trabajadora? Hoy en día, el movimiento sindical evidentemente ha perdido esa capacidad de influir en el curso de los acontecimientos nacionales que tuvo en un pasado más o menos reciente. Los sindicatos particulares o grupos de trabajadores todavía se muestran capaces de desestabilizar una economía, tal como lo demuestran el caso de los mineros en Perú o Chile, o el del gremio metalúrgico en Brasil, o incluso el de los trabajadores de la electricidad en Argentina, pero esos casos son pocos y tienen claras limitaciones. Además, los gobiernos han mostrado una nueva determinación para

[1]V. el trabajo de María Llenera Cook: «Economic Restructuring and political Change in Mexico», ensayo presentado en el XVII congreso LASA, 9/1992, Los Angeles; y su trabajo «Mexican Labor Orginizations on the Eve of NAFTA» presentado en el 6th Annual Research Seminar on Mexico, 1992-1993, del Bildner Center for Westem Hemisphere Studies, 11/1992. Ella también señala que las tendencias recientes han favorecido a aquellos líderes y sindicatos que entran en el juego con el régimen y no a las tendencias democráticas que lentamente han ganado terreno alrededor de la última década. El movimiento de Cárdenas tampoco ha hecho ninguna incursión significativa dentro del movimiento sindical, lo que quizá sea un gran error. Para finalizar, la aparición de grandes compañías extranjeras dará como resultado la desaparición de muchas pequeñas empresas. V. también, «Mexicans, too, are wary of trade pact, fearing loss of some worker protections» en The Wall Streeet Journal, 13/4/92, p. A15.

enfrentar las huelgas, sin importar el costo. La huelga de maestros de 1991 en Perú, que duró más de tres meses, ofrece un ejemplo clásico. El gobierno de Fujimori se mostró dispuesto a perder todo un año académico antes que acceder a las razonables demandas de los maestros en materia de salarios y gastos gubernamentales para la educación. Menem logró que los trabajadores argentinos bajaran la cabeza, y en Chile la coalición gubernamental socialdemócrata echó las demandas de los sindicatos a la papelera y ha actuado enérgicamente contra las huelgas. Evidentemente, los sindicatos ya no pueden aspirar a conducir la sociedad hacia el mismo tipo de cambios sociales básicos que alguna vez imaginaron; ahora deben adaptar cualquier estrategia a las realidades actuales. Esto significa reorganizar sus ideas y moverse cuidadosa, pero firmemente, en nuevas direcciones.

Imperativos

Dado el amplio escenario reseñado aquí para el movimiento sindical latinoamericano y la clase trabajadora, ¿qué informa la agenda sindicalista para la década de los 90? Las siguientes secciones exploran algunos de los puntos centrales que pudieran aparecer en esa agenda, todos ellos actualmente en discusión, de una u otra manera, dentro de las filas de los sindicatos obreros y de la clase trabajadora. Cuatro son los puntos principales: 1) la urgencia de desarrollar un nuevo plan nacional (y continental); 2) la revisión de las relaciones de los sindicatos con otros grupos de poder de la sociedad nacional, para ver hasta qué punto deberían colaborar con ellos; 3) buscar nuevas formas para lograr que el movimiento avance; y 4) buscar los medios para proyectar eficazmente una presencia continental e intercontinental del movimiento. Aquí habría una oportunidad, particularmente en vista del fin de los bloques ideológicos y de una preocupación creciente en Latinoamérica (y en EEUU) por los intentos del AFL-CIO de controlar el movimiento sindical latinoamericano a través de su instrumento, el American Institute For Free Labor Development (Instituto Norteamericano para el Desarrollo del Trabajo Libre) (AIFLD). De esta manera, muchos sindicatos y trabajadores están potencialmente disponibles para que los reclute un movimiento sindical revitalizado. Evidentemente, éstos no son los únicos problemas que confronta el movimiento sindical latinoamericano hoy por hoy, pero representan algunos de los puntos centrales que debe enfrentar[2] .

Parece imperativo que el movimiento sindical desarrolle un plan económico y social amplio para contrarrestar el modelo neoliberal que prevalece hoy, y que es cla-

[2]V., por ejemplo, H. A. Spalding: «Recent Trends in Idtin America Labor and Working Class Studies: A Sampler» en Latin American Research Review Vol. 28, Nº 1, invierno 1993, pp. 202-14.

ramente discriminatorio contra casi todos los trabajadores. Los sindicatos ya no pueden darse el lujo de actuar en una forma meramente defensiva o de luchar solamente por los asuntos básicos y fundamentales. Deben proponer una alternativa viable para los modelos impuestos por el FMI, el Banco Mundial y los países capitalistas desarrollados. Este plan debería incluir como mínimo los elementos que se enumeran a continuación: 1) una manera de hacer frente a la carga de la deuda (sobre la que tanto se ha escrito en el marco del Plan Brady, a pesar del cual la deuda externa total latinoamericana aumentó ligeramente en 1992) sin hacer que la gente pague por los errores de los banqueros, políticos o militares; 2) imponer restricciones legales específicas a las corporaciones trasnacionales en lo referente a su impacto económico sobre las economías locales, en áreas como repatriación de las ganancias, nuevas inversiones o estrategias de empleo, e incluyendo consultas con los trabajadores sobre la introducción de nuevas tecnologías que puedan amenazar con reducir la fuerza de trabajo; 3) reformular la legislación, que en muchos países restringe severamente a los sindicatos mediante la limitación de la negociación colectiva, separando los obreros fabriles de los empleados, impidiendo las confederaciones nacionales o locales, legalizando contratos individuales, prohibiendo que ciertos sectores (p. ej. los trabajadores del sector bancario o del gobierno) se organicen en verdaderos sindicatos o que realicen huelgas, etc. En otras palabras, el movimiento sindical debe buscar derechos básicos para todos los trabajadores, que podrían incluir disposiciones fundamentales tales como el derecho al trabajo, a un salario de subsistencia plena, a la seguridad laboral, a un lugar saludable de trabajo, a sindicalizarse, a la huelga, a tener un contrato colectivo, etc. Un buen comienzo sería insistir en que la carta constitucional básica de la OIT para el movimiento sindical se convierta en la norma vigente para todos los países latinoamericanos. El movimiento también debe combatir la tendencia creciente entre los patronos a privatizar los contratos colectivos y formar sindicatos internos. Esto significa combatir los movimientos reaccionarios como el «solidarismo», que comenzó en Costa Rica y que representa el más desarrollado de los modelos individualistas de sindicato interno; 4) el movimiento sindical debe insistir en una participación significativa en la toma de decisiones a nivel gerencial, particularmente en aquellas áreas que implican reducciones, montaje en el exterior, adaptación de nuevas tecnologías y cierres potenciales de plantas.

Debe notarse que ninguno de estos puntos puede ser considerado como particularmente radical, a pesar de que quizá sean suficientes para incomodar a cualquier capitalista recalcitrante. De hecho la ORIT, que es la mayor confederación sindical continental, ya ha discutido y adoptado muchos de ellos[3]. Todos esos puntos ata-

[3] V. El desafío del cambio: Nuevos rumbos del sindicalismo, Nueva Sociedad, Caracas, 1989.

ñen de una u otra manera a sociedades democráticas socialmente más avanzadas, como las escandinavas. Pero dentro del contexto latinoamericano suministran una base sólida que podrían conducir a una mayor acción sindical.

Se debería reconsiderar la actual fiebre de privatización. Las empresas ineficientes del sector público no benefician a nadie, pero la respuesta no está necesariamente en la transferencia de las empresas que pertenecen al Estado al sector privado (que usualmente pertenece a extranjeros), con la correspondiente pérdida masiva de empleos y las restricciones para el movimiento sindical. Por la misma razón, los cortes drásticos en los servicios sociales con el fin de balancear los presupuestos nacionales deberían ceder el paso a programas que logren que esos servicios sean eficientes a nivel de costos y que estén disponibles para un porcentaje extensamente ampliado de la población. Para el futuro inmediato, el movimiento sindical sólo puede poner sus esperanzas en una economía mixta, pero debe tratar de lograr que ésta no sólo proteja el capital sino también a la gente. Por otra parte, la privatización plantea el importante detalle de la defensa de la soberanía nacional contra el ataque últimamente renovado del capital extranjero. La alienación de sectores claves como la energía, el transporte, las finanzas y los recursos naturales es un mal augurio para el futuro[4].

La reducción de la deuda y la expansión de las exportaciones no ayudarán mucho a la gente si no hay un incremento correspondiente en los ingresos gubernamentales o en las inversiones internas debido al flujo de capital externo, o si no aumenta el empleo. Las industrias exportadoras eficientes tal vez ni por aproximación puedan ofrecer por sí mismas suficientes empleos para una fuerza laboral en expansión. El crecimiento económico, al menos si se mide por los estándares tradicionales, no se traduce automáticamente en equidad. La «lista de los deseos» del movimiento sindical en cuanto a política socioeconómica podría continuar, particularmente en vista de las espantosas estadísticas sociales que caracterizan a todas las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, cualquier plan para contrarrestar esta situación sólo tendrá significado si existe alguna manera razonable de ponerlo en funcionamiento. Por supuesto, esto significa que el movimiento sindical debe tener una voz activa e influyente a nivel nacional e internacional. También quiere decir que el movimiento sindical debe contar con expertos entrenados para desarrollar y ejecutar esos programas alternativos. En este caso pueden ser de gran ayuda los

[4]El plebiscito uruguayo de fines del 92, durante el cual el movimiento sindical hizo una fuerte campaña, rechazó gran parte del esquema privatizador del gobierno. Este es el primer caso en Latinoamérica en donde la gente tuvo la oportunidad de votar directamente contra un programa de tal índole. También en Brasil y México el movimiento sindical se ha opuesto a la venta de industrias nacionalizadas vitales, tales como la del petróleo.

grupos de expertos, como el Programa de Economía de Trabajo (PET) en Chile, el ADEC-ATC en Perú, o el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo de Uruguay (CIEDUR).

El eclipse relativo del movimiento sindical en las décadas pasadas tuvo lugar en un contexto de cambios en la economía, unido a otro de restricciones y represión por parte del Estado. Juntos, se combinaron para debilitar las filas de los sindicatos y limitar severamente el campo de acción del movimiento. Pero también produjeron tendencias importantes en algunos países. Tradicionalmente, el movimiento sindical siempre ha mantenido vínculos estrechos con los partidos políticos en toda Latinoamérica. Sin embargo, esa vinculación antes estrecha entre los sindicatos y los partidos políticos comenzó a resquebrajarse en algunos lugares. Durante los períodos de largas dictaduras militares en el Cono Sur, los vínculos entre los partidos y los sindicatos fueron abruptamente cortados. La disolución de los partidos conjuntamente con los sindicatos, decretada por los militares, significó que sus lazos o bien se debilitaran, o se deshicieran por completo, facilitando el desarrollo y la evolución de entidades más autónomas después de la restauración de la democracia. En Brasil, los trabajadores lograron desatar con éxito las riendas tradicionales del gobierno. La punta de lanza del nuevo y revitalizado movimiento se centró en los gremios metalúrgicos alrededor del triángulo ABC en el estado de Sâo Paulo, y produjo el núcleo de un nuevo partido obrero, el Partido dos Trabalhadores (PT). En unos pocos años este partido ha descollado como el más importante en su tipo en América Latina. No parece posible que surjan movimientos similares en otros países, pero de todos modos el ejemplo es significativo.

En Argentina ha surgido tentativamente un sindicalismo independiente, a pesar de que las corrientes reformistas parecían más fuertes a finales de los 80, cuando el partido Unión Cívica Radical, moderadamente socialdemócrata, ganó terreno dentro de las filas del movimiento sindical. Todavía no está claro lo que producirán exactamente las políticas anti-trabajadores de Menem. Sin embargo, existen indicaciones de que algunos elementos dentro del movimiento sindical se están moviendo en nuevas direcciones, alejándose de las políticas sindicales tradicionales y enrumbándose hacia una posición más independiente. Las divisiones dentro de la CGT argentina, y la creación de nuevas organizaciones sindicales opuestas a la burocracia sindical menemista pueden representar el comienzo de esa tendencia [5] .

[5] V., por ejemplo, «Argentina: The Costs of Economic Restructuring» en North-South Focus Vol. 11, Nº 1, 1993, 4-5, Universidad de Miami.

En Chile, la coalición que obligó a los militares a abandonar el poder y colocó su propio candidato en la presidencia en 1990, encontró apoyo entre las filas del movimiento sindical y de la clase trabajadora. En consideración al delicado equilibrio de la democracia chilena, los dirigentes sindicales inicialmente evitaron una posición combativa. El gobierno de orientación socialdemócrata ha manejado la intranquilidad laboral de una manera harto conocida, con la fuerza. Muy significativamente, los partidos de izquierda y de centro-izquierda que integran la coalición se han fortalecido desde 1990. Si los sindicatos chilenos quieren representar eficazmente a sus afiliados, tarde o temprano tendrán que entrar en una órbita de choque con el gobierno. El hecho de que los salarios aumentaran en un «espléndido» 1% en términos reales, en la ronda de negociación de 1991 entre los sindicatos y el gobierno, a pesar del sólido desempeño de la economía general, y de que los cambios en la legislación hayan sido tan lentos, son apenas dos indicadores de que los sindicatos chilenos deben pensar en nuevos rumbos que los alejen del tutelaje de los partidos políticos tradicionales. En su momento funcionarios del gobierno señalaron que los trabajadores tienen que esperar su turno para empezar a participar en el rápido crecimiento experimentado por la economía chilena. Qué tan viable va a resultar esa política a la larga, es algo sobre lo que todavía no se puede especular.

En muchos países, incluyendo los del Cono Sur, la relativa novedad de la democracia tras los regímenes militares, deja la situación todavía a oscuras, a pesar de que es evidente que la influencia tradicional de los partidos sobre los sindicatos se ha debilitado. Pero hasta qué punto y por cuánto tiempo no está muy claro. Por ejemplo, en las elecciones de 1988 para la confederación nacional de trabajadores chilenos (CUT) se reflejó el mismo reparto de votos de antes de 1993 entre socialistas (37,7% entre las dos listas), demócrata cristianos (36,6%), y un 25,6% para los comunistas[6] . El hecho de que esos partidos se mantuvieran firmes a pesar de un período de 17 años de dictadura militar, muestra que las lealtades a los partidos tradicionales son persistentes. Sin embargo, todavía es posible que coexistan la afiliación política individual y un movimiento sindical independiente.

En México, el PRI ha controlado por mucho tiempo el movimiento sindical a pesar de los intentos (algunos relativamente exitosos a corto plazo) de formar sindicatos independientes o semi-independientes entre, por ejemplo, los trabajadores ferrocarrileros, los electricistas y más recientemente los maestros y algunos trabajadores de los gremios automotriz y del vestido. La burocracia «charro» oficial se ha impuesto considerablemente, ayudada además por el apoyo del Estado cuando fue

[6] Samuel Valenzuela y Volker Frank: «The Labor Movement in the Chilean Transition to Democracy» presentado en el XVI Congreso ALAS, Washington, 4/1991. Los datos anteriores sobre Chile también provienen de esa fuente.

desafiada. A cambio de la paz laboral, el gobierno ha distribuido pequeños aumentos en los salarios y algunos beneficios para los trabajadores sindicalizados (mucho menores que la inflación de los últimos años) y atractivas recompensas para la burocracia. En los tiempos de crecimiento económico esa fórmula funcionó relativamente bien, pero desde la crisis de los 70 se ha tambaleado bastante. Desde esa época, los aumentos aprobados por el gobierno han estado muy por debajo de la tasa real de inflación (los salarios actuales descendieron en un 50% en la última década).

En México el gobierno de Salinas tomó el camino neoliberal con rumbo a una economía abierta y una privatización masiva. Una parte integral de la campaña para atraer tanto capital extranjero como mexicano involucra salarios más bajos, concentración del ingreso, menos beneficios, despidos masivos, y la acostumbrada paz laboral impuesta desde arriba. El gobierno ha dado su respaldo para abolir los contratos colectivos y estimular los individuales. Por lo tanto, es evidente que se deshizo la antigua asociación desigual y precaria entre el gobierno y los sindicatos. El camino obvio - y nada fácil - para el movimiento laboral es la formación de un movimiento más independiente que pueda defender los derechos de los trabajadores. El PRI ha indicado desde el gobierno que hará todo lo posible para evitar que eso suceda, colocando sus apuestas a favor del TLCAN, el cual le dará salarios relativamente buenos (para los estándares mexicanos) a un pequeño estrato de trabajadores de los sectores de capital intensivo y alta tecnología. Uno de los pocos puntos válidos del candidato Ross Perot en la campaña electoral estadounidense de 1992, es que ese acuerdo dará como resultado un desangramiento lento y seguro del mercado de trabajo estadounidense hasta que los salarios se igualen (en términos relativos y no reales) entre los dos países. Si eso es cierto, sólo puede significar ganancias mucho menores para una cantidad considerable de trabajadores estadounidenses. Además, el Tratado probablemente va a borrar del mapa miles de comercios urbanos menores y a toda una multitud de pequeños agricultores mexicanos[7]. Así pues, el movimiento sindical estadounidense tiene un interés en el TLCAN, pero también en la fuerza del movimiento mexicano (y del canadiense) al expandirse las áreas de libre comercio.

A pesar de las restricciones legales y económicas y de la violencia del Estado, los sindicatos han sobrevivido a períodos de represión, a menudo inventando respuestas creativas ante situaciones extremadamente difíciles. En Brasil, el movimiento sindical resurgió más fuerte que nunca en algunos aspectos después del regreso a

[7]Ver James W. Russell: «Free Trade and Concentration of Capital in Mexico» en Monthly Review vol. 44, Nº 2, 6/1992, pp. 23-30.

la democracia. Quizás lo más importante, particularmente en Brasil y Chile, es que durante la campaña contra las dictaduras militares los trabajadores se acercaron a los no sindicalizados para crear una resistencia más generalizada y amplia. Los trabajadores comenzaron a hablar sobre la clase obrera y sobre huelgas de origen popular. Si los sindicatos desean representar a algo más que una élite, y recuperar el poder que una vez tuvieron, deben empezar por articular las demandas de otros sectores de la sociedad.

Amplitud de acción

En otras palabras, el movimiento sindical debe llegar a los no sindicalizados, al sector informal y a grupos que se han unido alrededor de asuntos que de momento no son los más importantes en el programa del movimiento sindical. Esto significa tres cosas diferentes. Uno, que los sindicatos deben encontrar una forma de expandirse tanto numérica como sectorialmente. Es necesaria una mayor organización de sindicatos nacionales por industria o tipo de actividad. En Latinoamérica el movimiento sindical sigue estando muy fragmentado y en algunos sectores los trabajadores están representados por varios sindicatos. Adicionalmente, las empresas pequeñas y medianas están muy poco sindicalizadas. En resumen, un 70% de los trabajadores urbanos no pertenece a ningún sindicato (y el porcentaje es aún menor en las áreas rurales), y esto incluye a muchos trabajadores de los sectores tradicionales de la economía. En Perú, por ejemplo, donde una vez existió un movimiento sindical lleno de vitalidad en Lima y en el sector minero, sólo un 6% de la fuerza laboral pertenece actualmente a algún sindicato. Los trabajadores tienen que reformar también las estructuras del sindicato, echando a los líderes atrincherados y corruptos que dominan demasiadas organizaciones. Los líderes corruptos han ayudado muy a menudo a los gobiernos nacionales a mantener los salarios bajos e incluso a reprimir a los trabajadores [8].

Sin duda alguna, el mayor número de trabajadores no sindicalizados labora en el sector informal de la economía. A pesar de ser notoriamente difíciles de organizar debido a su diversidad y a verdaderas diferencias de intereses, representan una meta clave del movimiento sindical en la década de los 90. El movimiento debe tratar de llegar a los trabajadores de las pequeñas empresas, a los autónomos, desempleados y subempleados. También debe vincularse a los empleados domésticos y a los trabajadores hogareños. Cada vez más, en algunos países el capital ha estimulado el trabajo en el hogar y a destajo como una forma de reducir la cuenta por con-

[8] Pablo González Casanova, Socialist Scholars Conference, Bildner Center Panel, Nueva York, 4/1993.

cepto de salarios, eludir los salarios sindicales «altos» y no tener que pagar beneficios[9]. Si no es posible detener eficazmente esta tendencia (algo muy difícil, considerando que muchos trabajadores prefieren este tipo de arreglo antes que la esclavitud de un horario, porque así pueden ocuparse de los niños, por ejemplo), entonces es preciso regularla mediante la sindicalización o una legislación estatal realmente aplicable.

Además de organizar a los no sindicalizados de los sectores tradicionales o a los vinculados a esos sectores, el movimiento sindical debe buscar nuevos aliados entre los sectores que se han expandido en los últimos veinte años, siendo los más importantes los de la economía informal. Esto representa un reto significativo. Los trabajadores informales son difíciles de organizar porque están dispersos, y porque un buen grupo de ellos sólo tiene conciencia del esfuerzo individual y no del colectivo.

Bolivia tal vez sea el país en donde ha tenido lugar la mejor incorporación del sector informal al movimiento sindical. Allí, los sindicatos de mineros, que una vez fueron el corazón del combativo COB, fueron devastados por la racionalización estatal de ese sector a mediados de los 80 (de 30.518 trabajadores sólo 7.275 retuvieron sus empleos) y por las políticas de libre importación, que ocasionaron cierres de fábricas y originaron, en consecuencia, otros 35.000 desempleados. Sin embargo, el movimiento no murió. En lugar de eso penetró en un amplio rango de sectores económicos. Al disminuir los miembros obreros, aumentaron los oficinistas y los campesinos. En 1987, de las cuarenta federaciones y confederaciones sindicales, ocho se clasificaban como proletarias, dos como sindicatos de campesinos y agricultores y el resto como clase media, es decir, sindicatos de profesionales, trabajadores autónomos, miembros de compañías, estudiantes, intelectuales y otros. En el congreso de la confederación nacional de sindicatos en 1987, el 56% de los delegados representaba al proletariado, el 16% a los campesinos, el 26% a la clase media y el 2,5% eran representantes de sindicatos regionales. Los elementos tradicionales aún predominaban, pero los no tradicionales representaron una voz importante y últimamente han exigido más poder[10].

Si bien estos cambios representan en sí mismos una tendencia saludable, también traen aparejados grandes peligros. Diferentes sectores, por ejemplo los mineros o

[9] V., por ejemplo, Juan Carlos Fontana y Susana Prates: «Informal Sector versus Informaiized Labor Relations in Uruguay» en Alejandro Portes, Manuel Castells y Lauren A. Benton (eds.): The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries, Johns Hopkins Press, Baltimore 1989, pp. 78-94.

[10] V. Sonia Dávila: «In Another Vein» en Report on the Americas: Bolivia: Poverty or Progress?, NACLA, vol. XXV, Nº 1, 7/1991. pp. 12-16.

los vendedores ambulantes, pueden tener a primera vista intereses inmediatos opuestos; como los tendrían también los trabajadores autónomos y aquellos que trabajan para corporaciones pequeñas o medianas, o las personas que están empleadas y los desempleados. La tarea obvia para el movimiento sindical sigue siendo desarrollar un programa amplio que incluya algo para todos los asalariados (directos o indirectos), así como para algunos sectores simpatizantes de la pequeña burguesía. Esta no es una tarea fácil, pero dadas las terribles condiciones socioeconómicas en que vive casi todo el mundo, deberían surgir rápidamente metas comunes a corto plazo.

Parece vital que el movimiento sindical establezca vínculos con los nuevos movimientos sociales aparecidos en toda Latinoamérica. Esos movimientos varían en tamaño e importancia de un país a otro, pero representan uno de los fenómenos sociales más dinámicos y de crecimiento más acelerado de los 70 y 80. La mayoría se concentra en asuntos locales o vecinales en lugar de nacionales; tienden a orientarse hacia la supervivencia, y recurrir a estrategias negociadoras en lugar de enfrentamientos. Otros se concentran en grupos específicos como las mujeres, los jóvenes o los ancianos. Sin embargo, como un conjunto, ellos representan una fuerza considerable, y el mismo hecho de que ejerzan presión sobre el sistema significa que, a pesar de que digan lo contrario, ellos tienen un programa político. La tarea del movimiento sindical es la de forjar lazos entre estos grupos a nivel político y organizacional. Lento pero seguro, el temor de las organizaciones locales y vecinales de verse involucradas en «asuntos radicales» (es decir, con partidos políticos progresistas o con el movimiento laboral) se disipará, pero sólo si se mantienen en el poder gobiernos auténticamente democráticos, que toleren a quienes ejercen presión desde abajo por sus derechos y por la justicia social.

Por lo tanto el movimiento sindical debe tratar de llegar hasta los otros subgrupos que se han organizado recientemente. Los jóvenes, por ejemplo, que conforman uno de los segmentos más grandes de la sociedad latinoamericana, se cuentan entre quienes están en una situación más desventajosa. La regla aquí parece ser la desilusión y la marginalidad, pero cualquier movimiento debe intentar involucrar a este sector. Los asuntos ambientales afectan a toda la sociedad, pero es importante que las soluciones no sean meros compromisos con el capital que destruyan solamente la mitad de los bosques o contaminen las aguas sólo hasta cierto grado o nivel, con medidas de protección tan graduales que se pierde la mayor parte de su efecto. Las decisiones adoptadas en la cumbre de Río representan una verdadera derrota para el movimiento conservacionista. Mantener la contaminación en los niveles de 1990 no salvará el planeta. Si bien es cierto que los asuntos ambientales

son universales, ellos afectan a los trabajadores rurales y urbanos en la forma más inmediata. En algunos países, el movimiento sindical ha adoptado posiciones ambivalentes en relación al medio ambiente, a causa del argumento capitalista estándar de que los trabajadores deben escoger entre el medio ambiente o sus trabajos. El movimiento sindical debe impugnar este criterio con eficacia.

Pero probablemente el movimiento feminista, en todas sus variadas facetas, sea el más importante de los nuevos movimientos sociales con que debe vincularse el movimiento sindical. Aunque seguramente sería mucho esperar que las organizaciones feministas de sectores altos tengan algún tipo de asociación con los trabajadores, las mujeres trabajadoras representan un grupo considerable de afiliados. Alrededor del 30% de la fuerza laboral asalariada es femenina (esto no incluye a las trabajadoras no remuneradas del campo o del hogar, lo que podría aumentar mucho el porcentaje). Sin embargo, sólo el 10% pertenece a algún sindicato. Evidentemente, cualquier programa del movimiento sindical no sólo debe incluir esfuerzos para sindicalizar a las mujeres y entrenarlas para puestos más altos dentro del sindicato, sino también considerar sus problemas específicos tales como hogares de cuidado diario adecuados, igual paga por igual trabajo (cada vez hay más mujeres cabeza de familia en Latinoamérica, como en cualquier otra parte), hostigamiento sexual en el trabajo, violencia doméstica y el doble turno. Esto requiere que los sindicatos hagan un esfuerzo masivo de reeducación de sus miembros masculinos, sin lo cual cualquier intento por llegar a las mujeres fracasará con toda seguridad. También significa que las trabajadoras participen como iguales en este tipo de programas.

En países que tienen poblaciones indígenas significativas, el movimiento sindical debe tomar medidas especiales para establecer contactos con dichas organizaciones Esa también es una tarea difícil. En muchos casos, como el de Centroamérica, las organizaciones sindicales tradicionales aparecen como una parte integral de la sociedad opresiva blanca o criolla.

El contexto internacional

El movimiento sindical debe ver más allá de su entorno nacional inmediato. Con la creciente internacionalización del capital, se ha vuelto imperativo el desarrollo de estrategias y comunicaciones internacionales adecuadas para el estado de la economía mundial. Existen algunos signos de que esto ha estado sucediendo en ciertas industrias específicas y en algunas organizaciones continentales, pero aún queda mucho por hacer. Los trabajadores del sector automotriz en Inglaterra y Brasil, por

ejemplo, han establecido comunicaciones instantáneas entre las fábricas Ford, de manera que las líneas de producción pueden cerrar inmediatamente en caso de acciones laborales por parte de uno u otro sindicato.

La ORIT, que una vez fue considerada como una herramienta del gobierno estadounidense y del AFL-CIO, pero que ahora es la organización sindical continental más representativa, diseñó un programa internacionalista amplio. Allí se razona la urgencia de desarrollar un movimiento clasista, pluralista, participativo y sociopolítico, con la meta de conquistar una democracia política, económica y social a nivel panamericano[11]. También se propugna la integración de diferentes corrientes ideológicas (socialdemócrata, cristiana, etc.) de Latinoamérica y el Caribe en una entidad única coordinada. Se mantiene que las organizaciones intercontinentales deberían trabajar en pro de la paz mundial, la democracia, la cooperación entre el Norte y el Sur y de una expansión del nuevo orden económico internacional. Pero también se sostiene que esto puede hacerse primariamente a través de medios electorales, una proposición que parece arriesgada dado el hecho de que en más de una ocasión el capital ha anulado violentamente los resultados electorales que no le gustaron. La ORIT también cree que sus sindicatos pueden trabajar con un «capital concientizado». A lo mejor puede ser así, ya sea dentro del contexto de las trasnacionales que valoran la paz laboral (siempre y cuando fluyan las ganancias), o de los capitales nacionales amenazados por inversiones extranjeras, o incluso del capitalismo de Estado. Sin embargo hay que actuar con mucha cautela. Cualquier cooperación sólo puede ser tentativa y limitada y debe plantearse entre iguales. Mientras las relaciones capitalistas sigan siendo dominantes, no se resolverán las contradicciones básicas entre el capital y el trabajo.

Dada la escasez o la inexistencia de recursos en los sindicatos latinoamericanos, la solidaridad internacional puede desempeñar un papel muy importante en los planes futuros. Los sindicatos de los países desarrollados pueden generar fondos importantes que el movimiento sindical latinoamericano puede utilizar para fines de educación, entrenamiento y objetivos organizacionales. Desafortunadamente, demasiadas veces esos fondos se han utilizado para favorecer los objetivos de los donantes en vez de reforzar verdaderamente el movimiento latinoamericano[12]. La solidaridad internacional tiene un papel que cumplir, particularmente en educación y entrenamiento, pero cualquier ayuda debe venir sin condicionamientos y ser administrada y controlada como si fuera entre iguales. Una tendencia saludable, sin embargo, parece ser el abandono progresivo de la sumisión al AFL-CIO y al instru-

[11] El Desafío del Cambio cit.
[12] V. Alce Wedin: La «solidaridad» sindical internacional y sus víctimas, Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo, Monografía 22, 1991.

mento de política extranjera latinoamericana, el AIFLD, por parte de la ORIT y de otros sindicatos[13]. La influencia del AIFLD ha disminuido notablemente en las últimas décadas, particularmente en los países que tienen los movimientos sindicales más fuertes, y la ORIT se ha distanciado públicamente de la posición «apolítica» que adoptó el AIFLD. Parece que esa tendencia saludable puede continuar. Este nuevo enfoque podría ser importante para la década de los 90. Sería interesante especular que los independientes progresistas ex-CPUSTAL, y el ala izquierda de la ORIT pudieran ya sea trabajar juntos o incluso terminar albergados en una misma organización. El ala progresista del Canadian Labour Congress también podría hacer una contribución considerable. Dentro de la ORIT, los grupos progresistas podrían hacer un contrapeso efectivo al conservador AFL-CIO y dar esperanzas a las fuerzas progresistas dentro de la confederación estadounidense. Eso también ejercería cierta presión sobre los sindicatos de la CLAT para que se muevan en direcciones similares. Todo el proceso de liberar a los sindicatos de los partidos políticos tradicionales y de los sistemas políticos prevalecientes les dará más espacio para esas alianzas.

Los sindicatos y los trabajadores latinoamericanos también han tenido que enfrentar los retos que significan las nuevas zonas de libre comercio. El TLCAN y el Mercosur - que abarca Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay - plantean auténticos dilemas para los trabajadores y para el movimiento sindical. Por un lado, como una repetición de lo que ha sucedido en Canadá (350.000 empleos perdidos en una economía que no llega al 10% de la de EEUU), los trabajadores estadounidenses enfrentan un caos laboral con la mudanza de las industrias a México o a cualquier otro lugar. En sentido inverso, el desplazamiento del capital creará más empleos en México, al menos en teoría. Mientras eso aparentemente crea una brecha entre los trabajadores de los dos países (a los trabajadores estadounidenses los están seduciendo con la promesa de un aumento en la demanda mexicana que se traducirá en una mayor producción estadounidense y, por consiguiente, más empleos unidos a los insumos necesarios para levantar la industria mexicana), el punto clave que unifica a todos los trabajadores es el interrogante de si los trabajadores mexicanos recibirán o no salarios y beneficios que se aproximen a los niveles estadounidenses. ¿O quizás los salarios tenderán a emparejarse en las dos áreas, disminuyendo significativamente lo que ganan los trabajadores estadounidenses? ¿Y qué pasa con los que sean despedidos del trabajo? Los trabajadores estadounidenses de 17 dólares la hora, ¿conseguirán empleos similares, o tendrán que tomar los de 4,25 dólares la hora?

[13]V. Report on the Americas. Neither Pure nor Simple: The AFL-CIO and Latin America NACLA, vol. XXII, Nº 3, 5-6/1988); H. A. Spalding: «The Two Latin American Foreign Policies of the U.S. Labor Movement» en Science and Society, vol. 56, Nº 4, invierno 1992-1993), pp. 421-39.

Si no ocurre una equivalencia en los salarios, entonces la zona simplemente le abaratará los costos de mano de obra al capital, sin lograr mejoras sustanciales para ningún trabajador, en ningún lugar. Algunas fuentes incluso dudan de que la cantidad de nuevos empleados al sur del Río Bravo llegue a equipararse con la cantidad de personas, como los pequeños agricultores, a los que va a perjudicar el acuerdo. Por lo tanto, es imperativo que los trabajadores canadienses, estadounidenses y mexicanos se unan para asegurarse de que el tratado cause sólo un trastorno mínimo y que resulte en el máximo de mejoras (no sólo económicas sino también en beneficios, salud, seguridad y medio ambiente) para la gente de la áreas de salarios bajos. También existe una preocupación creciente de que el TLCAN va a causar abundante desempleo o ausencia de inversiones en el Caribe, borrando además lo poco que se ha ganado con la Iniciativa de la Cuenca del Caribe en áreas como República Dominicana. Al contrario de lo que sostienen los economistas del sistema, la transferencia de empleos no es creación de empleos.

Ya los trabajadores norteamericanos iniciaron las conversaciones preliminares sobre este tema, pero esas conversaciones se mantienen dentro del cauce de la corriente principal del movimiento sindical tanto en EEUU como en México. Esas conversaciones pueden volverse significativas si los sindicatos logran una ingerencia significativa en la puesta en ejecución del tratado. Hasta la más alta y conservadora burocracia del movimiento sindical estadounidense se ha opuesto a cualquier acuerdo, pero no ha propuesto ninguna intervención significativa del movimiento sindical (mexicano, canadiense o estadounidense) en la formulación de un acuerdo final, ni tampoco ha presentado un plan viable que pueda beneficiar a los trabajadores de los tres países. El Mercosur tiene algo previsto, pero hasta ahora se han obtenidos pocos resultados concretos[14].

Entonces, ¿qué futuro le aguarda al movimiento sindical latinoamericano en la década de los 90? Ciertamente, el futuro inmediato no se vislumbra como un período de claros avances. De hecho, un socialdemócrata del ala derecha británica, que actualmente enseña en EEUU, sugirió que el movimiento sindical debería rendirse y mendigar todas las migajas que pueda del festín neoliberal[15].

[14]V. Kim Moody y Mary McGinn: Unions and Free Trade: Solidarity vs Competition, Labor Notes, Detroit, 1992; y Héctor Alimonda: «Una Agenda democrática frente al Mercosur» en Nueva Sociedad Nº 121, 9-10/1992, pp. 26-34.

[15]V. Ian Roxborough: «"Neo-Liberal" Offensive in Latin America: Defensive Retreat to the Trenches for Labor» en SA Labour Bulletin vol. 16, Nº 4, 3-4/1992, pp. 34-7.

Antes de que el movimiento laboral pueda avanzar nuevamente, debe reorganizarse, reagruparse y experimentar una reforma. Debe dedicarse con ahínco a diseñar una estrategia adecuada para la coyuntura contemporánea y ocuparse de que se ponga en práctica. Cualquier estrategia debe incluir los siguientes puntos programáticos: un amplio plan de desarrollo social y económico que contrarreste el pensamiento conservador o neoliberal que ahora está en boga; llegar a los no sindicalizados y a los nuevos movimientos sociales; intentar alcanzar niveles más altos de organización y romper las barreras ideológicas que existen actualmente entre los trabajadores, tanto en los sindicalizados como en los que no lo están; hacer un esfuerzo concertado para formular una estrategia internacionalista a escala continental o global. Todo esto quiere decir que el movimiento sindical tiene que reconsiderar con cierto cuidado su propio rol en la sociedad contemporánea. ¿Es esto posible? Tal vez. Ciertamente a lo largo del continente hay signos prometedores dentro de las filas del movimiento; los trabajadores están rompiendo viejos moldes y buscando nuevas formas de organización, alejándose del antiguo liderazgo, agotado y corrupto, y adentrándose en nuevas formas de pensar. En parte, eso ha ocurrido simplemente por necesidad, porque las viejas fórmulas ya no son adecuadas, porque las filas del movimiento sindical han disminuido y su influencia ha declinado. Pero también porque una nueva generación de trabajadores alcanzó la madurez, una generación que dio sus primeros pasos en las terribles décadas de los 70 y los 80 y que ahora enfrenta los retos de los 90. El movimiento sindical y la clase trabajadora latinoamericanos harían bien en examinar el viejo adagio de dar «dos pasos adelante y uno para atrás». Después de 1944 dio dos pasos gigantescos hacia adelante, pero más recientemente dio uno para atrás, ahora es tiempo de prepararse para avanzar otros dos.

*Nota: Este trabajo fue presentado al panel «LatinAmerica in the 1990's: Labor, Society, and Politics», patrocinado por el Bildner Center de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, en el Socialist Scholars Conference, 10/4/1993, Nueva York.

Referencias

*Llenera-Cook, María, ENSAYO PRESENTADO EN EL XVII CONGRESO LASA - Los Angeles, EEUU. 1992; Pones, Alejandro; Castells, Manuel; Benton, Lauren A. -- Economic Restructuring and Political Change in México.

*Llenera-Cook, María, MEXICAN LABOR ORGANIZATION ON THE EVE OF NAFTA. - México, 6th Annual Research Seminar on Mexico 1992-1993. 1992; Mexicans, too, are wary of trade pact, fearing loss of some worker protections.

*Llenera-Cook, María, THE WALL STREEET JOURNAL. 13/04. pA15 - 1992; Recent Trends in Idtin America Labor and Working Class Studies: A Sampler.

*Spalding, H. A., LATIN AMERICAN RESEARCH REVIEW. 28, 1. p202-214 - 1993; Argentina: The Costs of Economic Restructuring.

*Anónimo, EL DESAFIO DEL CAMBIO: NUEVOS RUMBOS DEL SINDICALISMO. - Caracas, Venezuela, Nueva Sociedad. 1989; Free Trade and Concentration of Capital in Mexico.

*Anónimo, NORTH-SOUTH FOCUS. 11, 1. p4-5 - Universidad de Miami. 1993; Informal Sector versus Informalized Labor Relations in Uruguay.

*Valenzuela, Samuel; Volker, Frank, THE LABOR MOVEMENT IN THE CHILEAN TRANSITION TO DEMOCRACY. - Washintong, EEUU, XVI Congreso ALAS. 1991; In Another Vein.

*Russell, James W., MONTHLY REVIEW. 44, 2. p23-30 - 1992; The Two Latin American Foreign Policies of the U.S. Labor Movement.

*González-Casanova, Pablo, SOCIALIST SCHOLARS CONFERENCE. - Nueva York, EEUU, Bildner Center Panel. 1993; Una Agenda democrática frente al Mercosur.

*Fontana, Juan Carlos; Prates, Susana, THE INFORMAL ECONOMY: STUDIES IN ADVANCED AND LESS DEVELOPED COUNTRIES. p78-94 - Baltimore, Johns Hopkins Press. 1989; Neo-Liberal Offensive in Latin America: Defensive Retreat to the Trenches for Labor.

*Dávila, Sonia, REPORT ON THE AMERICAS: BOLIVIA: POVERTY OR PROGRESS?. XXV, 1. p12-16 - NACLA. 1991;

*Wedin, Ake, LA «SOLIDARIDAD» SINDICAL INTERNACIONAL Y SUS VICTIMAS. 22 - Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo. 1991;

*Anónimo, REPORT ON THE AMERICAS. NEITHER PURE NOR SIMPLE: THE AFL-CIO AND LATIN AMERICA. XXII, 3 - NACLA. 1988;

*Spalding, H. A., SCIENCE AND SOCIETY. 56, 4. p421-439 - 1993;

*Moody, Kim; McGinn, Mary, UNIONS AND FREE TRADE: SOLIDARITY VS COMPETITION. - Detroit, EEUU, Labor Notes. 1992;

*Alimonda, Héctor, NUEVA SOCIEDAD. 121. p26-34 - 1992;

*Roxborough, Ian, SA LABOUR BULLETIN. 16, 4. p34-37 – 1992

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 130, Marzo- Abril de 1994, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**